



**La Iglesia Ortodoxa Serbia a sus hijos espirituales
en la Navidad, año 2025**

+PORFIRIJE

Por la gracia de Dios
Arzobispo Ortodoxo de Pec, Metropolitano de Belgrado-Karlovac y Patriarca serbio,
con todos los Jerarcas de la Iglesia Ortodoxa Serbia,
a los sacerdotes, monjes y todos los hijos e hijas de nuestra Santa Iglesia:
gracia, misericordia y paz de Dios Padre, de nuestro Señor Jesucristo
y del Espíritu Santo,
con la alegría del saludo de Navidad:

¡LA PAZ DE DIOS! – ¡CRISTO HA NACIDO!

Queridos hermanos y hermanas,

Y en este año de la gracia del Señor, compartiendo con todos ustedes la alegría de la Navidad, proclamemos una y otra vez la única novedad bajo el sol: el encuentro, el abrazo y el beso de lo transitorio y lo imperecedero, del cielo y la tierra, de Dios y el hombre: el Nacimiento del Salvador, que es Cristo el Señor (Lc 2,10-11). Proclamemos con los pastores, inclinémonos con los Reyes Magos y cantemos con los ángeles: «¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!» (Lc 2,14). Este canto angelical nos dice que la paz es un don de Dios y nos invita a aceptarla y a participar de él.

Esta paz no es consecuencia de acuerdos humanos ni el resultado de un equilibrio de fuerzas, sino el estado de una persona transfigurada que cree, vive y recorre el camino de Cristo y que, en paz con Dios y consigo misma, difunde la paz entre sus hermanos. Desde que Cristo, el Niño Dios, le confirió el «ministerio de la reconciliación» (II Cor. 5:18) con Su Nacimiento, la Iglesia de Dios ha sanado continuamente las heridas de la división, renovando lazos rotos, restableciendo una unidad que trasciende las fronteras humanas, bendiciendo la paz y a los pacificadores. Esta bendición de la Iglesia nos obliga a difundir la paz nosotros mismos. Por eso, nos dirigimos a todos ustedes, queridos hijos espirituales, y a todo aquel que escucha nuestras palabras con buenas intenciones. La Navidad es una fiesta de paz, y el villancico angelical es una oración por la paz, la unidad y la reconciliación, basada en la fe en Dios y en vivir según Dios.

Hoy, más que nunca, la humanidad necesita volver a esa fuente de paz que no se impone por la fuerza, sino que se revela en la humildad, en un amor que «no busca lo suyo» (I Cor. 13:5) y en una relación que construya confianza, unidad y respeto por cada persona. Porque es precisamente con el Nacimiento de Cristo que el mundo adquiere la medida para comprenderse a sí mismo, razón por la cual sentimos aún más claramente el peso de los tiempos en que vivimos. Vivimos en una época de divisiones religiosas, étnicas y culturales cada vez más profundas, en un mundo donde las tensiones geopolíticas crecen constantemente y donde las guerras se convierten en un medio cada vez más frecuente para resolver conflictos económicos y políticos. El cambio en el orden global y la lucha de las grandes potencias por el dominio están generando inestabilidad, crisis de seguridad y temor a un futuro incierto.

A esto se suman la inseguridad económica, la inflación, la creciente desigualdad, la pobreza, el hambre y el agotamiento descontrolado de los recursos naturales. Las transformaciones tecnológicas, a su vez, plantean nuevos dilemas éticos y dan lugar al aislamiento digital: una presencia aparente sin una verdadera comunidad. Todo esto conduce a una crisis de confianza en las instituciones y los medios de comunicación, a la relativización de la verdad, a un aumento de la ansiedad y la soledad, e incluso a la pérdida del sentido de la vida para muchas personas hoy en día. Y por eso, muchos de nosotros acogemos esta noche santa y este día santo con inquietud en el corazón, preocupados por los niños y su futuro, por el pan substancial, por la salud, por el mañana.

La situación en Serbia, que todo nuestro pueblo observa con atención, no es menos compleja ni difícil. Las tensiones políticas internas han generado una profunda división social y desconfianza, y las diferencias de opinión se transforman cada vez más en odio irracional. Preocupa especialmente la pérdida de la identidad nacional y cultural, que pone en tela de juicio la continuidad de la autopercepción histórica y espiritual de nuestro pueblo, y que no puede explicarse únicamente por influencias externas. Además, existe incertidumbre económica y declive demográfico: Serbia se enfrenta a un crecimiento natural significativamente negativo y, en consecuencia, a una de las despoblaciones más rápidas del mundo, así como a un envejecimiento poblacional cada vez más pronunciado.

Con todo esto en mente, mirando con los ojos abiertos las oscuras nubes que se ciernen sobre nosotros, sin pestañear ante los problemas y peligros enumerados ni rehuirlos, hoy, como testigos vivos de la palabra del ángel a los pastores, proclamamos de nuevo a todos ustedes, nuestros hijos espirituales: «¡No tengan miedo!» (Lucas 2:10). ¿Por qué? No tengan miedo, porque el mundo en que vivimos, con todas sus fracturas, conflictos y temores, ya no es autosuficiente ni se explica por sí mismo, ni está abandonado a las fuerzas ciegas de la historia. Con el Nacimiento de Cristo, Dios entró en el corazón mismo de la historia humana y demostró que el mal, por agresivo y extendido que sea, no tiene la última palabra. El miedo nace donde el hombre cree estar

solo, y el nacimiento de nuestro Salvador Cristo nos revela que ya no estamos solos y que nunca más lo estaremos.

Por lo tanto, ni las crisis de nuestro tiempo, ni las guerras, ni la pérdida de confianza, pueden ser la medida definitiva de la vida humana ni la última palabra sobre el hombre. El miedo aún existe, pero ya no encadena la vida. Está privado de su poder supremo sobre el hombre. Esta transformación tiene su fuente y fundamento en Cristo mismo, quien reconcilió al hombre con Dios y sentó así las bases de una paz que el miedo no puede abolir (II Cor. 5:18). Tras destruir la barrera de la hostilidad, Él destruye las divisiones que separan a las personas y a las naciones (Ef. 2:14). Esta reconciliación se manifiesta en la vida litúrgica y sacramental de la Iglesia como una realidad en la que las diferencias étnicas, sociales e incluso naturales entre las personas (Gal. 3:28) ya no tienen una importancia decisiva. De esta verdad sobre la reconciliación también se deriva nuestra relación con el tiempo y el mundo en que vivimos. Hace noventa y cinco años, el eremita y poeta de Ohrid, el Santo Obispo Nikolaj, escribió: «¿Cuándo se apareció el Señor al mundo? Apareció en un tiempo de angustia, cuando Dios no era glorificado, cuando no había paz en la tierra y cuando, en lugar de la buena voluntad, reinaba la mala voluntad entre los hombres». Lo mismo ocurre hoy, en muchos sentidos.

Nuestro tiempo también guarda profundas similitudes con el de la Natividad de Cristo. En aquel entonces, en nuestra vasta extensión, existía una gran potencia global: un imperio dominante que moldeó el orden mundial de la época. Hoy, existen más de estas potencias. Ellos gobiernan el mundo y dirigen los destinos de naciones más pequeñas, cuyos gobiernos, como el de Herodes en la época de la Natividad de Cristo, gozan de independencia formal, pero dependen esencialmente de los intereses económicos, energéticos, políticos y militares de las grandes potencias. Recordemos que el censo en la época del Nacimiento de Cristo también era un instrumento de control político y económico: quien se registra reconoce la autoridad y paga impuestos. Pero la situación es muy similar hoy en día, cuando se utilizan datos personales tanto con fines buenos como, cada vez más, con el fin de controlar y limitar la libertad de cada individuo.

La Natividad de Cristo, en su forma, lugar y tiempo, se convierte en un servicio de unidad: en ella, la historia deja de ser una serie de coincidencias para convertirse en un espacio de salvación. El lugar y el tiempo de la Natividad de Cristo hablan con un poderoso simbolismo: el Niño Dios no nace en un momento ideal; entra en la historia herida para abrir la perspectiva de su sanación y plenitud desde dentro. Nace en una cueva y es acostado en un pesebre, no para resaltar la pobreza humana, sino para mostrar el estado del mundo en el que hay espacio para todo y para todos, pero no para Dios. Por eso, Cristo no pudo nacer en la calidez y seguridad de la prosperidad. Por la naturaleza misma del acontecimiento, nace en un lugar frío y desolado, un lugar hambriento de Dios. Todo corazón humano es una cueva así hasta que Cristo nace en él. El nacimiento de Cristo en la pobreza revela que ante Él y en Él cesan las divisiones por las que el mundo valora a las personas. La familia es el primer lugar donde una persona aprende lo

que significa la paz, o lo que significa su pérdida. El hogar se convierte en un verdadero pesebre de la Natividad de Cristo cuando hay espacio en él para el perdón, la paciencia y la oración en común.

El Señor nace en el silencio de la noche de Belén, lejos del ruido y la autosuficiencia del mundo. En ese silencio, el hombre orante vuelve a escuchar la voz de Dios, que calma el corazón y disipa el miedo. En ese silencio y oración, el hombre se vuelve hombre de nuevo, y la familia, familia. En la cueva de Belén, pastores y magos se encuentran, no para que unos sean exaltados y otros humillados, sino para que ambos se conviertan en hermanos en Cristo. Él viene a los que no tienen nada y a los que tienen demasiado, porque a ambos les falta Dios. En definitiva, Cristo no habita en un palacio ni en una cueva, sino en cada persona que lo recibe en su corazón. Y esta reconciliación, que Dios Padre concede al mundo por medio de Cristo, no se limita solo a las personas, sino que abarca toda la creación de Dios: «lo que está en la tierra y lo que está en los cielos» (Col. 1:20).

Por tanto, queridos hermanos y hermanas, recordemos: la fiesta de la Navidad de Cristo contiene dos mensajes esenciales, dos verdades. La primera es que Dios se hizo hombre por nosotros y para nuestra salvación. La segunda, que se desprende de la primera, es que cada persona, precisamente por esta razón, puede y debe convertirse en nuestro hermano. Porque solo en Cristo, el Primogénito entre muchos hermanos (Rom. 8:29), recuperamos al otro como prójimo y hermano. Por lo tanto, ante el misterio de la Natividad de Cristo, la pregunta de Dios, tan antigua como la humanidad misma, se nos plantea de nuevo a cada uno de nosotros: "¿Dónde está tu hermano?" (Gén. 4:9). No dónde está tu interés, ni dónde está tu lado, ni dónde está tu partido, ni —en última instancia— dónde estás tú mismo, alienado y centrado solo en ti mismo, sino dónde está el hombre que te fue dado para que, amándolo, pasaras de la muerte a la vida (I Jn. 3:14). Esa y solo esa es nuestra pregunta fundamental y nuestra tarea central, en esta y en todas las demás Navidades. El amor es de Dios (I Jn. 4:7 y 21). Por tanto, hermanos y hermanas, amémonos unos a otros, «no de palabra ni de lengua, sino con hechos y en verdad» (I Juan 3:18), porque quien odia a su hermano está en tinieblas, pero quien ama a su hermano permanece en la luz (I Juan 2:9-11).

En esa luz y vida en paz y armonía, inspirados por la alegría trascendental de la Navidad y la paz de Cristo, llamamos a todos a superar las divisiones, a abrazarnos, a darnos la mano, a comprender que, en una palabra, somos indispensables los unos para los otros. Porque la fe cristiana no nos enseña a esperar tiempos mejores en tiempos de crisis, sino a convertirnos en signos vivos del Reino de Dios venidero: personas que ya viven de forma diferente, que no curan el miedo con miedo ni el odio con odio.

Finalmente, hermanos y hermanas, hijos de San Sava y de todos nuestros venerables antepasados santos Padres y Madres serbios, dondequiera que nos encontremos en el país, en la Patria o en el exilio, y especialmente en los crucificados

Kosovo y Metohija, con una sola voz, una sola boca y un solo corazón, junto con los ángeles, cantemos el himno navideño, el canto de la paz:

*“¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz,
entre los hombres buena voluntad!”*

¡LA PAZ DE DIOS – CRISTO HA NACIDO!

Dado en el Patriarcado Serbio en Belgrado, en la Navidad del año 2025
Por vuestros orantes ante el Divino Niño Cristo:

Arzobispo de Pec, Metropolitano de Belgrado-Karlovac
y Patriarca Serbio **PORFIRIJE**
junto con los demás Metropolitanos y Obispos de la Iglesia Ortodoxa Serbia

Traducción de la Diócesis de Buenos Aires, Sur y Centro América de la Iglesia Ortodoxa Serbia